





NORZAG



Raquel Lobato

NORZAG



Primera edición: junio de 2017

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Raquel Lobato

ISBN: 978-84-16824-36-6

ISBN digital: 978-84-16824-37-3

Depósito legal: M-12208-2017

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A los mejores padres del mundo,
a mi excepcional hermano,
a mi extraordinario marido y
a mi encantadora hija.*



2217 D.C.

La Tierra está formada por veinticuatro *Neuropolis* y por el cerebro del planeta: *El Núcleo*. Todo ello constituye *La Alianza*, y el resto, es conocido como la *Zona Inerte*.

Cada *Neuropolis* pertenece a un adinerado magnate, exceptuando las *Neuropolis 19, 20 y 21*, propiedad del *Núcleo*. El Presidente, y a la vez propietario del *Núcleo*, es la persona con mayor poder sobre La Tierra. Gobierna el edificio *Madre*: único lugar en el mundo dedicado a la Investigación, a la Vigilancia y a la Seguridad de *La Alianza*.

El miedo a que se extinguieran más de la mitad de especies de animales dio paso a protegerlas a todas en la *Neuropolis 19*: un paraíso animal donde pocos humanos han pisado.

Con similar actitud se obró en la *N-21*, desterrando allí a los infractores de la Ley. Hacía ya unos 60 años que la *N-21* estaba habitada únicamente por reos; pero era conocido por todos, que en diversas ocasiones, algunos habían logrado fugarse a la *ZI*. Los *Vigilantes de la Zona Inerte* eran los encargados de dar caza y exiliar a la *N-21* a estos prófugos de la justicia. Luchar contra los forajidos y contra las adversidades del clima no era una tarea fácil.

Las *Neuropolis* se crearon siguiendo todas el mismo patrón: presentan forma de media esfera y se conectan al *Núcleo* mediante un titánico conducto que surge de la cima de la *Cáscara*: una cápsula transparente que protege a los habitantes de las extremas temperaturas del exterior causadas por el cambio climático. Dentro de la *Cáscara*, que permite fenómenos atmosféricos, reina un clima y una vegetación óptimos y una atmósfera saludable.

Todas ostentan de un edificio *Médula* construido para la protección de los habitantes de *La Alianza* ante posibles guerras, saqueadores de

la *ZI* y de ataques alienígenas —aunque no se conoce vida más allá de La Tierra—. Rodeados de parques y jardines, albergan a la mayoría de pobladores de las *Neuropolis* mientras una favorecida minoría reside en lujosas urbanizaciones en las afueras.

Después de la creación del *Desintegrador de Residuos*, los mares de las *Neuropolis* se mostraban limpios y puros. La *Zona Inerte* era tierra de nadie: usar el *Desintegrador* suponía un alto valor energético, y la *ZI* no lo valía, pues sus tierras no albergaban fuentes ricas de energía ni yacimientos de materiales preciados; y sí, salvo alguna excepción, lo poseían, eran siempre propiedad del *Núcleo*.

Capítulo 1

En el apartamento de Brooke en la *Neuropolis 20*

El *audiovisor* se encendió: alguien quería ponerse en contacto con Brooke. A tres metros de donde se encontraba la joven apareció una imagen a escala real de un chico guapo y apuesto, de boca grande, de labios gruesos y de unos diecinueve años que rozaba el metro noventa de estatura.

La muchacha contemplaba sus agraciados y almendrados ojos de color azul cielo inmersos en un rostro armonioso y elegante. Lucía una barba de cuatro días y su ondulado cabello de aspecto pulcro era corto y algo despeinado: un remolino se apreciaba en el medio del nacimiento del cabello. Bajo ese conjunto yacía una recta nariz.

Tras analizar minuciosamente sus facciones concluyó que era presumido, celoso, imperioso y levemente impulsivo.

Emergió un mensaje con letras rojas y grandes en el frontal del chico a la altura de la cintura.

La muchacha de diecisiete años, con la mirada ausente y el pensamiento vacío, se percató de que le aguardaba un nuevo aviso del *audiovisor*. Lo leyó mentalmente:

«NOMBRE: RUSSELL BROWN

ESTADO CIVIL: SOLTERO

PROFESIÓN: GENERAL DEL CUERPO DE POLICÍA TECNOLÓGICA DEL NÚCLEO

RESIDENCIA: NÚCLEO

CUADRO MÉDICO: APTO

PETICIÓN: SOLICITUD DE DECLARACIÓN. EXPEDIENTE ABIERTO 0665289

FECHA DE LA ÚLTIMA ACTUALIZACIÓN: 3 HORAS 27 MINUTOS 12 SEGUNDOS».

Russell vestía una indumentaria de época: un traje planchado e im-
poluto de americana y pantalón endrinos. Lo combinó agradablemente
con una camisa lisa azul cielo de poliuretano que hacía resaltar todavía
más sus zarcos ojos.

Brooke había visto a pocas personas engalanarse con ese ropaje. Le
extrañó mucho que la camisa dispusiera de botones blancos. Si no estaba
equivocada, hacía más de cien años que los botones se habían reempla-
zado por los cómodos e imperceptibles imanes transparentes. Por su
atavío se sospechaba que era alguien importante, aquel tipo de camisa
la solían vestir gente sumamente adinerada y con un alto status social.

A continuación, sus ojos se concentraron fugazmente en la pesta-
ña de su pantalón; aspiraba conocer lo que había escuchado que era
una cremallera, pero no la vio, disfrutaba de ordinarios imanes transpa-
rentes. Al alzar vagamente su mirada, esperó con menos ansia que an-
tes encontrar otra pieza de entendidos: un cinturón. Pero tampoco fue
así, la cinturilla de su pantalón era corriente: una reproducción sintética
celular de tejido humano con las propiedades de elasticidad que posee
la piel humana y con conexión inalámbrica a nuestro *Centro*. Esta se en-
sanchaba y contraía acorde con nuestra frecuencia cardíaca, respiratoria
y presión arterial. Hacía ya mucho tiempo que todos los accesorios y
complementos estándares se enlazaban con nuestro *Centro*.

El *Centro* era el procesador de datos personales de cada individuo:
obtenía desde el nivel de adrenalina hasta el porcentaje de memoria in-
útil de nuestro cerebro. También transmitía una señal con la ubicación
física de cada persona al *Núcleo*: este siempre sabía dónde te hallabas en
todo momento. A esta función se la bautizó con la palabra *seguidor*.

La joven era una experta en deshabilitar *seguidores*, pero sin duda,
poseía una colosal pericia para piratear y burlar sistemas de seguridad y
de vigilancia.

Recorrieron por su mente varias imágenes de cuando era niña: su
madre explicándole la implantación del *Centro* a los recién nacidos en
La Alianza.

La chica, sumida en sus pensamientos, agitó su cabeza con brío lo-
grando apartar de su mente sus recuerdos instantáneamente, tenía una
entrada y debía contestar.

Apresuradamente echó un vistazo a los pies del muchacho. Calzaba unos zapatos negros y comunes. La suela crecía o rebajaba su volumen dependiendo del material de la superficie, del movimiento del pie y de su velocidad al andar; así se aseguraban hacía un siglo el confort y el bienestar podal.

Pronunció en voz alta al tiempo que se sentaba en el suelo y descansaba las palmas de sus manos contra él:

—Cerrar mensaje.

Las letras del *audiovisor* se esfumaron.

—Entrada —ordenó.

Esperó unos segundos y continuó:

—Según la Ley Internacional de Comunicaciones cuatro ocho nueve cero debes introducir tu número de *Centro*.

—Hecho —respondió el joven con tono seco.

Ella respiró profundamente tomando aire.

—Esta conversación será registrada y permanecerá 10 años en el Banco de Datos de Comunicaciones de la *Neuropolis 20*.

De los labios del General salió una palabra entrecortada:

—Acepto —realizó una escueta pausa, tosió y añadió—. Russell Brown, General del Cuerpo de Policía Tecnológica del *Núcleo*. Número de expediente 0665289. Se le solicita declaración por un caso de robo con fuerza, violencia, premeditación e intimidación. Delito contra el patrimonio del *Núcleo* en la cantera de uranio con identificador 083, en la *Zona Inerte*, y presunta tenencia ilícita de armas —expuso mecánicamente el atractivo General.

La chica mostró una blancura fantasmagórica.

—¿Dónde y cuándo debo personarme para declarar? —le preguntó la muchacha con la voz quebrada.

—Le tomaré declaración en su apartamento de la *Neuropolis 20*. A las 17 horas, hora mundial.

—De acuerdo —el *audiovisor* se apagó.

Suspiró hondamente repetidas veces, extendió los brazos como si se acabara de despertar, e imperó elevando la voz:

—Hora.

—13 horas 25 minutos, hora mundial —se escuchó.

Se estiró sensualmente contemplando sus largas y perfectas piernas. Seguidamente, profirió un mandato a la vez que se levantaba:

—Alarma a las 16 horas y 40 minutos.

—Orden registrada.

La muchacha se situó en el comedor mirando el exterior desde la ventana. La vista era celeste, y se cubría con una blanca bata de *dosal*—el tejido más caro, ligero, cómodo, delicado y suave conocido—, que había pertenecido a su madre. Desde su apartamento podía otearse el mar limpio y puro, una atmósfera transparente y lúcida, parques, jardines, montañas y un pequeño lago artificial.

La joven era inteligente y avispada. Gozaba de una excelente intuición y era terriblemente observadora. Físicamente preciosa, aunque se consideraba más bien del montón. Desde hacía un par de años enardecía un acusado interés entre los chicos de su Instituto, posiblemente porque su sensualidad había brotado. Poseía un cuerpo escultural de medidas perfectas. Su bronceada tez —limpia, firme, tersa y sedosa— era tan fina que su frescura se impregnaba con tan solo rozarla. Su larga cabellera castaña —voluminosa, ondulada y brillante— era el pedestal de su hermosura, junto con su delicado cuello, que sostenía una corona: su bello rostro. Sus grandes ojos castaños —expresivos y vivaces—, perfilados hacia arriba, daban un aire exótico a su dulce mirada. De ellos florecían unas onduladas y profundas pestañas; cada una parecía agruparse en grupitos de tres, realzando así su expresión.

Su generosa boca de gruesos labios era digna de degustación, resguardando unos dientes uniformes y blanquísimos como perlas. Una pequeña nariz combinaba a la perfección con su faz. Sus pequeños y ligeros pies, sus bonitos brazos, su estrecha cintura y sus dulces manos, se bamboleaban armoniosamente en cada paso que daba. Y su agilidad y flexibilidad se apreciaba en todos sus elegantes movimientos.

El piso de Brooke formaba parte del flamante e inteligente edificio *Médula* de la *Neuropolis 20*, con un total de 3024 plantas: 2718 eran exteriores y 306 eran subterráneas. Su hogar se encontraba en la planta 3001.

La moderna vivienda era amplia y rectangular y disfrutaba de cien metros cuadrados de superficie. El despacho, la cocina, una zona destinada al ocio y un comedor, formaban un espacio abierto.

Tanto al espacioso dormitorio como al enorme baño se accedía desde el comedor. Ambas estancias también estaban comunicadas por una puerta.

Cada apartamento y edificación disponía de un *Guardián*: un mayordomo invisible que ejecutaba todas y cada una de las órdenes que su dueño le demandaba.

El atilillo del domicilio, oculto a la vista, albergaba un completo vestidor, *oxigenodomésticos* y múltiples utensilios que solo *Guardián* podía utilizar.

En el apartamento, el blanco y el negro eran los protagonistas.

La zona de ocio disponía de un blanco sofá inteligente con dos sofás laterales adornados con cojines rojos. Enfrente del sofá central había un enorme *VTV*. Un *volumentelevisor*, abreviado como *VTV*, era un transmisor de gráficos en 6D donde las imágenes se visualizaban tal y como las contempla el ojo humano en un entorno real.

Entre el sofá central y el *VTV* se encontraba una mesita pequeña de forma triangular, de *vidriosal*. El *vidriosal* era un vidrio programable.

A diez centímetros del techo, por influencia magnética, se suspendían en el aire ocho *movilámparas*. Realizaban diferentes funciones, entre ellas, destacaba la posibilidad de seguir al inquilino a cualquier dependencia de la vivienda para iluminarle.

En el comedor, una mesa triangular de *vidriosal* con 6 sillas blancas, tres estanterías minimalistas y un reloj negro —en forma de esfera que destacaba en las nevadas paredes—, era todo el mobiliario.

En la moderna cocina de diseño, los *oxigenodomésticos* eran de la más avanzada tecnología.

La larga pared del comedor y de la zona de ocio disfrutaba de anchos ventanales que daban al exterior, denominados *vidriosaleras*. Estas permitían entrar únicamente el oxígeno y expulsaban el dióxido de carbono de la estancia.

La única entrada a la vivienda era por las *vidriosaleras* exteriores. Había un acceso interior infranqueable, pero solo estaba habilitado en casos de fuerza mayor.

La joven se encontraba entre la zona de ocio y el comedor, enfrente de una *vidriosalera*. Seguidamente se encaminó al baño y con voz alta pronunció:

—Abrir baño.

El finísimo vidrio de *vidriosal*, que hacía de puerta de acceso, mutó su tono translúcido a opaco, a la vez que se introducía por dentro de la pared, hasta llegar a desaparecer. Tras entrar la chica en el baño retornó a ocupar su lugar.

Se desvistió de la única prenda que llevaba, la bata blanca de *dosal*.

—Guardar bata de *dosal* —ordenó.

Gracias a su buscador de *Centros*, *Guardián* localizó la bata de *dosal* calculando su volumen y situación exacta y la depositó en el lugar del altillo que correspondía.

El baño, de paredes blancas, disponía de dos niveles: una amplia ducha en el nivel superior y unos sanitarios con una gran bañera sobre un suelo beige en el nivel inferior. Un enorme *VTV* resaltaba integrado en una de las paredes.

—*Guardián*, bañera.

Del fondo de la bañera emergió agua espumeante hasta llenarla con los valores de temperatura y bienestar idóneos, según las características del ambiente y de la joven. El *Centro* proporcionaba a *Guardián* todos los datos necesarios para un plácido baño. Dependiendo del estado de ánimo y de la energía vital del organismo, los conductos de agua desprendían unas sustancias proporcionales al peso, volumen, salud y edad de la muchacha. La tarea de estas partículas era mejorar el bienestar emocional.

Brooke se tumbó recostando la cabeza. Todos sus huesos y músculos se estimulaban y tonificaban: notaba que se reponía tras una movida y trágica mañana. Continuó con varios programas más de reestructuración corporal. La sensación de relax era tan agradable que parecía que se encontraba descansando en un apacible *descansor*. A los pocos minutos, el agua se rellenó de fluidos jabonosos que iban limpiando su cuerpo mediante oscilaciones. En unos minutos acabó, y pausadamente se fue reincorporando.

Una vez fuera de la bañera, *Guardián* abrió el altillo y dejó escapar aire caliente, secando su cuerpo y su melena en pocos segundos. Se cubrió

con una camiseta de tirantes blanca y unos shorts azules. La puerta de *vidriosal* se corrió y entró en el dormitorio desde el baño. Se encaminó hacia su *descansor* y, una vez dentro, imperó a *Guardián* dormirla. Del contorno del *descansor* se alzaron y juntaron dos semiesferas transparentes. En su interior aspiraba reposar unas horas después de una intensa mañana.

Le transmitió la última orden a *Guardián* antes de dormir:

—Desprender partículas somníferas en la cápsula. Anular hasta las 16 horas y 40 minutos.

Hacía más de sesenta años que dejaron de utilizarse las antiguas camas en las *Neuropolis* para ser sustituidas por los reconfortantes *descansores*.

Las cabinas de descanso adecuaban el grado de opacidad y translucidez deseada y soltaban moléculas para conciliar rápida o más pausadamente el sueño, para perfumarse, para mitigar el dolor,... Incluso disponían de un grabador de sueños.

En ocasiones, la Policía Tecnológica del *Núcleo* auditaba los grabadores de sueños para averiguar posibles delitos o infracciones.

El dormitorio era amplio, con paredes blancas y de suelo marrón claro. Contra la pared, su *descansor*: enorme, blanco y de dos plazas. A los pies de este había un sofá donde yacía una guitarra, y enfrente de él, un *VTV* fijo en la pared. Al final de la habitación se encontraba un tocador, una butaca, una cabina médica —que también se destinaba para la recuperación muscular—, y un *aeroespejo*: un espejo en 4D en el que uno podía reflejarse con la ropa seleccionada sin necesidad de ponérsela. Realizaba cálculos con la imagen real y con los datos de la Biblioteca de Prendas que albergaba *Guardián* en el altillo.

A las 16 h y 40 minutos entreabrió sus lindos ojos y de un pequeño brinco brotó del *descansor* henchida de energía. Entró en el baño.

—Butaca. Peinado personal número 14.

Se sentó, y encima de su cabeza estacionaron tres brazos articulados. El primero, era un tubo que desprendía aire a diferente temperatura según el grado de humedad y el tipo de cabello. El segundo, hacía la labor de peine a la vez que estrechaba o daba mayor grosor a sus púas. Y el tercero, dispensaba toda clase de productos beneficiosos para el cabello y lo humedecía para moldearlo con suavidad.

Al acabar se maquilló discretamente; le encantaba hacerlo ella misma, sin brazos articulados de por medio.

La muchacha se reflejó en una imagen en 4D que le proporcionó *Guardián*. La giró 360 grados con su dedo hasta convencerse del resultado.

Lo único que le faltaba era elegir el diseño de su vestido. Se inició una conversación entre Brooke y *Guardián*:

—El Modelo «LA Nuit» de Vicence Cotterets —decretó la chica.

—Negativo. La licencia del Modelo «LA Nuit» ha caducado. ¿Deseas comprarla?

—No, es desmesuradamente cara. Búscame trajes similares al Modelo «LA Nuit» en mi Biblioteca de Prendas, y si no tengo... averíguame otro igual de elegante pero más económico.

—Tienes el Modelo «Vedette de mer» de Louis Cadeaux, pero tu licencia caduca hoy a las seis de la tarde.

—En mitad de la visita con el General me caducaría... No.

—Puede hacerse una ampliación de licencia de cinco horas por 2000 mundiales.

—¡Dos mil mundiales por cinco horas! —sacudió con ímpetu su cabeza.

—Está «Poésie» de Alain Saint.

—No lo conozco.

—Está catalogado como una joven promesa en la Alta Costura.

—¿Puedo ver el traje de balde?

—Sí, pero tienes que firmar un contrato de consulta gratuita para evitar el plagio.

—De acuerdo, ¡hazlo!

El *audiovisor* mostró una imagen de Brooke vestida con el trajeado «Poésie». Era un vestido dorado corto de tirantes totalmente adaptado al cuerpo y de tonos brillantes. Por la parte de atrás se apreciaba su espalda al aire y su exuberante trasero; y por la de delante, se exhibía un amplio escote.

—Me gusta. ¿Qué opinas *Guardián*?

—Es extremadamente seductor y estiloso.

—¿Cuánto cuesta?

—1000 mundiales para 18 horas en un único día y 1200 mundiales para 18 horas en diferentes días.

—¿Y de contrato vitalicio?

—El contrato vitalicio es de 10.000 mundiales sin derecho a herencia, y con derecho a herencia son 30.000 mundiales.

—Contrato vitalicio sin derecho a herencia.

—Pedido realizado con éxito.

A los pocos minutos, *Guardián* le facilitó el vestuario exigido.

Abrigió sus pies con unas doradas botas altas por debajo de la rodilla, a conjunto con el vestido.

En torno de la muchacha se esparcieron unas gotas con fragancias florales: le maravillaba aquel aroma, le recordaba buenos momentos de su infancia, y por ello casi siempre iba perfumada con aquella esencia.

A los pocos segundos de estar preparada *Guardián* notificó la entrada del General de Policía Tecnológica del *Núcleo*:

—Russell Brown ha sido reconocido en el edificio *Médula*. Según su velocidad al andar y el tiempo estimado en el *aeroelevador*, estará en la *vidriosalera* número cinco dentro de un minuto y cuarenta y dos segundos, con un error absoluto de 1,27 segundos.

El traslado entre individuos dentro de un mismo edificio *Médula* se realizaba mediante un *aeroelevador*, o mediante *aerocubos* o *aeroesferas*.

El contorno exterior de las *vidriosaleras* poseía unas guías por donde los *aeroelevadores* se desplazaban: vertical y horizontalmente. Dentro del *aeroelevador*, la cara que daba a la *vidriosalera* de los apartamentos era opaca, para evitar ver el interior de las viviendas al trasladarse.

—*Aeroespejo* —ordenó.

El altillo de su vivienda se abrió justo encima de su cabeza. El espejo en 4D descendió gradualmente a velocidad uniforme y se colocó justo delante de ella. Se reflejó en él. Estaba guapa y radiaba belleza y sensualidad.

—No está mal —se evaluó equívocamente, como de costumbre. Cualquier persona en su sano juicio hubiese sido satisfactoriamente mucho más optimista.

La *vidriosalera* situada entre la zona de descanso y el salón se dividió en dos mitades. Cada trozo se enrolló como si fuera un carrete.

Guardián realizó un aviso:

—Russell Brown, General del Cuerpo de Policía Tecnológica del *Núcleo* (CPTN). En su *Centro* está registrada la expedición del Certifi-

cado de Aseo como apto. Última actualización: hace 21 minutos y 54 segundos.

La higiene en las *Neuropolis* era obligatoria. Las visitas entre individuos reclamaban normalmente un Certificado de Aseo.

Los dos jóvenes se encontraron entre el salón y la zona de ocio. La muchacha le entregó una sonrisa forzada. Russell permanecía serio. Con él arribaron dos *Núcleops*. La parte superior del robot policía era un torso, una cabeza y los brazos de un robot, y la parte inferior eran dos ruedas.

Se habían visto numerosas veces en el *Instituto de Alto Rendimiento (IAR)* donde Brooke estudiaba. Él era el Inspector del *IAR*, y había conversado con la chica en diferentes ocasiones. Pero nunca, cara a cara, fuera del *IAR*.

El chico había ido a su apartamento en calidad de General de la Policía Tecnológica del *Núcleo*; ella, hasta aquella misma mañana, no supo que el joven representaba también ese cargo. Brooke se extrañó que un chico de diecinueve años ostentara dos cargos tan relevantes en el escalafón del *Núcleo*.

El Inspector le resultaba atractivo, era su estilo; le gustaban morenos, varoniles, atléticos y musculosos. Sintió revolotear mariposas en su estómago y se puso encarnada. Le sucedía a menudo cuando conversaba con él.

A pesar de que él ya la conocía, cuando sus ojos deambularon por el semblante de la muchacha, se quedó petrificado por la belleza que dispersaba. Sus miradas se cruzaron, él se quedó sin respiración y ella desvió su mirada.

Estaba guapa, atractiva y voluptuosa. La fragancia que desprendía era tan embriagadora que a Russell le resultó difícil pensar en el trabajo que había ido a hacer en aquel apartamento.

Su melena suave, brillante, enérgica y viva le magnetizó. Le gustaban las chicas con el pelo suelto y ondulado, y ella, así lo lucía. Se fijó en las pequeñas y cuidadas manos de aspecto aterciopelado de la muchacha, y en su fina y estrecha cintura que enfatizaba su escote.

Russell respiró profundamente con el fin de apaciguarse, paseó la mirada por el apartamento con la mera curiosidad de saber cómo vivía aquella lindeza, y tras autorizar la salida a sus animados pensamientos, consiguió centrarse en su labor.

Brooke, con un diplomático ademán extendiendo su mano le invitó a sentarse en el sofá. Se dirigieron hasta el blanco sofá central y se acomodaron uno al lado del otro. Russell vestía un ropaje semblante al que la estudiante visualizó en el *audiovisor* horas antes. Se apreciaba el cuerpo fornido, robusto y corpulento del General. Los *Núcleocops* se situaron delante de ellos.

—Vamos a realizar una intrusión en su *Centro* —determinó el General con voz distante—, para examinar sus parámetros fisiológicos, sudoración de la piel, presión arterial, frecuencia respiratoria y etcétera.

«Un detector de mentiras», pasó por la mente de Brooke.

—*Guardián*. Acepto intrusión —habló la chica.

—Esta conversación será archivada en la Biblioteca de Delitos contra el *Núcleo* durante veinte años —parecía que el General se lo había aprendido de memoria, pero en realidad estaba leyendo las frases desde la tableta insertada en el tronco de un *Núcleocop*—. Número de expediente 0665289. Se le solicita declaración por un caso de robo con fuerza, violencia, premeditación e intimidación, y tenencia ilícita de armas. Los materiales sustraídos son: uranio, titanio, medicinas inteligentes, fibra de vidrio y de carbono. Es un delito contra el patrimonio del *Núcleo*. Los hechos han sucedido la pasada noche en la cantera de uranio con identificador 083, en la *Zona Inerte*. Cualquier violación o atentado contra el *Núcleo* está penado con la extradición perpetua a la *Neuropolis 21*.

—Entiendo. Pero... ¿qué tengo que ver en todo esto? —le preguntó ella delatando una expresa inopia en su rostro.

—Le recuerdo que está haciendo una declaración jurada. ¿Dónde ha estado esta madrugada? —le interrogó él con decisión.

Los dos *Núcleocops* grababan a la muchacha.

—Esta madrugada... —Brooke parecía que meditaba—. ¿Ha comprobado la señal de mi *seguidor*? Según tengo entendido... durante diez años el *Núcleo* archiva todas las ubicaciones de los *seguidores* de toda la población de las *Neuropolis* —le informó la chica de algo sabido por todos.

Russell no respondió, se cruzó de brazos, puso cara interesante, resolvió y la miró fijamente. Al poco el General del *CPTN*, añadió:

—Entonces... ¿Niega haber estado esta madrugada en la cantera de uranio 083 propiedad del *Núcleo*?

—¿Y qué se supone que una estudiante de diecisiete años estaba haciendo allí? —le consultó Brooke con total normalidad.

—Ya sabe que para los alumnos del *LAR* no existe mayoría de edad penal. Se os puede expulsar a la *N-21* siempre que el *Núcleo* lo disponga —le informó el General—. ¿Ha robado esa mercancía? —le cuestionó directamente, cansado de dar tantos rodeos.

—Es una acusación sumamente grave. Supongo que si no se me está tomando declaración en el *Núcleo*, debe de ser... ¿Por qué no hay pruebas contra mí? —contestó muy serena y sonriendo con la boca cerrada.

—Parámetros —decretó Russell.

—Todo en orden, no hay indicios de engaño —respondió uno de los *Núcleocops*.

—Está estudiando en el *LAR* —le informó el joven—. El curso pasado quedó la primera, delante de más de diez mil estudiantes. Matrícula de honor en todas las asignaturas y en todas las disciplinas. Se la considera una experta en vigilancia y seguridad, y una buena informática, por no decir la mejor que ha tenido nunca el *LAR*. Sé que lo ha hecho usted.

Resultaba imposible la existencia de pruebas contra ella, estaba totalmente segura, se mantenía inalterable.

—Una acusación sin pruebas también es un delito —determinó firmemente Brooke.

—¿Niega haber realizado el saqueo de dos camiones en la *Zona Inerte* en una cantera de uranio de coordenadas...? —Russell no tuvo ocasión de acabar la frase, la estudiante del *LAR* le interrumpió.

—Insisto en que me lo demuestren —sostuvo Brooke con firmeza, orgullosa de su defensa.

Russell caviló: «Carezco de pruebas notorias, pero sé que estuviste allí, lo sé...».

—No me está diciendo ni que sí, ni que no —dijo serio haciéndose el duro y con cierto aire enfadado.

—Según mi *seguidor*... ¿Dónde he estado esta noche? —le interrogó la discípula del *LAR*, dando por supuesto que el General ya habría comprobado su *seguidor*.

—Parámetros —solicitó el chico. Se sentía ridículo, no tenía nada en contra de ella. Aunque intachablemente sabía que la muchacha había delinquido.

—Dentro de la normalidad —contestó uno de los *Núcleocops*.

Brooke se puso en pie y se limitó a decir con cierto enojo:

—Si eso era todo... —tendió su mano en dirección a la *vidriosalera* por donde había entrado el General, indicándole la salida.

—Fin de la grabación. Iros —les impuso él a los dos *Núcleocops* mientras se aderezaba.

Los dos *Núcleocops* se montaron en el *aeroelevador*.

—Me voy a quedar un poco más. ¿Puedo? —le consultó a la joven con los brazos cruzados dándole a entender que no se iba y volviendo a repasar con su mirada el comedor.

Comenzó a hablarle de «tú». Y siguió:

—Distinción en el *LAR* en tiro. ¿No? —aseveró el General.

La estudiante no respondió. Él agregó:

—Estás en último curso... —le expuso con el propósito de hacerla hablar.

—Sí, estoy en el último curso, este año me gradúo. Si todo va bien —le contestó la muchacha.

—He ido esta misma mañana al *LAR* a tomarte declaración. Me han comunicado que no habías ido en todo el día, y ayer tampoco. ¿No deberías estar ahora allí? —le cuestionó el Inspector envuelto en un halo arrogante.

—Puedes sentarte, si quieres... —le sugirió la chica señalando el sofá con la mano abierta. Sabía que la reprimenda no iba a ser corta.

El General se lo agradeció asintiendo con su cabeza. Ella también se sentó y él prosiguió:

—¿Qué pasa Brooke? —ella bajó la cabeza y Russell añadió—. ¿No sabías que aparte del Inspector del *LAR* también soy el General de la Policía Tecnológica del *Núcleo*? —la joven negó con su cabeza, el General continuó—. El tema del saqueo a la mina es un tema foráneo... Ahora no hay cámaras, ni *Núcleocops*... Centrémonos en el *LAR*; quiero hablar contigo como Inspector del *LAR* que soy —se disponía a cambiar de tema.

La chica no abrió boca, continuaba con la cabeza agachada y él inspiró hondamente. La alumna intuía que Russell le echaría un rapapolvo.

—Hasta esta mañana pensaba que eras la alumna ideal. Pero hoy tu entrenadora, Sophie, me ha informado de tus continuas ausencias... Se te pue-

de llegar a sancionar enviándote a la *Zona Inerte*... y si quieres que te diga la verdad... no lo hago porque quiero que cuando te gradúes trabajes en el *Núcleo* —le explicó con entera confianza. Pero la muchacha se sintió amenazada—. ¿No dices nada? —le preguntó él. Ella levantó la cabeza para mirarlo.

—No puedo hablar con honestidad. Si hablo con franqueza acabo en la *Zona Inerte* —le dijo Brooke henchida de sinceridad.

—Está bien. Di lo que tengas que decir —le invitó a hablar serio y preocupado.

Ella negó con su cabeza con desaprobación.

—Te doy mi palabra de que no voy a decir nada —le juró Russell.

La chica apretó sus labios rojos como rubíes, inhaló el ambiente hostil, exhaló y frunció su boca.

—El *LAR* es una prisión donde llevan a todos los huérfanos de todas las *Neuropolis* —pronunció la chica con semblante firme, aunque por dentro estaba llena de indignación, pena y rabia—. Si tus padres han muerto o han desaparecido, y eres menor de edad: eres propiedad del *Núcleo*, y te obligan a estudiar en el *LAR* hasta que te gradúes; y cuando lo haces, te compelen a trabajar en el *Núcleo* el resto de tu vida. Y si te opones te envían a la *Zona Inerte*...

Una parte de los desorbitados impuestos con los que se gravaba a los residentes de las *Neuropolis* se destinaba al mantenimiento de los huérfanos menores de edad que residían en *La Alianza*. Aquellas donaciones de mundiales eran el sostén del *LAR*. Los habitantes se alababan enaltecidamente por aquella buena obra de caridad enmascarada por la cruel realidad: los sin padres no podían ser adoptados por sus parientes más cercanos, ni tan siquiera por sus hermanos mayores de edad si desaparecían sus progenitores en extrañas circunstancias.

El caso de Brooke y sus hermanos fue un caso atípico. Sus abuelos maternos fueron autóctonos de la *N-20*, y sus padres, que residían en la *ZI*, habían trabajado para el *Núcleo*. El Presidente Harrison dictaminó, sin el consenso ni el conocimiento del resto de mandatarios de las *Neuropolis*, el destino de los cuatro hermanos.

El General la detuvo con un ademán y añadió burocráticamente:

—Aquello no es ninguna prisión. Es un Instituto donde se prepara a los jóvenes para darles una oportunidad trabajando en el *Núcleo*.

—La definición de prisión es...: «Supresión de la Libertad». Pues las Leyes del *Núcleo* suprimen la libertad a miles de huérfanos cada día.

—Los estudios en el *LAR* para los huérfanos de las *Neuropolis* son obligatorios —afirmó él y siguió con desaprobación—. No puedes ausentarte ningún día, y hoy no has ido, y ayer tampoco. Según tu entrenadora lo haces con frecuencia —realizó una pausa, sacudió varias veces la cabeza, cogió aliento y reanudó—. Hemos estado buscando tu *seguidor* y no daba señal. Sophie, tu entrenadora, ha comentado... que lo deshabilitas deliberadamente..., y que desconocen cómo lo haces —le especificó el General.

—Nunca ha funcionado bien —señaló con desdén la estudiante y prosiguió—. Sí, hoy no he ido, y ayer tampoco fui. Pero ausentarme una vez al mes yo no lo calificaría como un suceso frecuente; si no... como algo necesario. Entrenar y estudiar de ocho de la mañana a nueve de la noche, con el único descanso de una hora para comer trescientos sesenta y cinco días al año... sinceramente considero que es más duro que estar en la *Neuropolis 21* con todos los presos —rezongó con razón. El nivel de exigencia por parte de todos los profesores y entrenadores resultaba abismal. Y la joven obtenía siempre las mejores notas entre la enorme pila de asignaturas en las que se instruía.

Suerte que tenían a Phoenix, un afectuoso entrenador que velaba por el bienestar de los chicos, y de tanto en tanto, les daba un respiro.

Russell inhaló hondo. Nunca había escuchado a nadie del *LAR* hablar con tanta transparencia, creía que todos los chicos se sentían orgullosos de pertenecer algún día íntegramente al *Núcleo*.

—Ignoraba que los alumnos del *LAR* opinaran así —se apreciaba que el joven era el Inspector del *LAR*, no había más que ver cómo defendía tenazmente la filosofía del *Núcleo* y agregó—. Todos tenéis un apartamento idéntico a este, que es muy caro de mantener, por cierto... Se premia con una buena suma de mundiales al mes al alumno que obtiene las mejores calificaciones, y desde que entraste en el *LAR* no has consentido que nadie se lleve ni un mísero mundial —a Brooke ese comentario le incomodó, siempre había repartido entre todos los compañeros de su curso sus ingresos, no le pareció justa la ofensa, se consideraba una buena compañera.

«Creo que me he excedido con ella... Phoenix me comentó en una ocasión que Brooke siempre lo repartía con sus compañeros para no generar conflicto», caviló Russell. Tras guardar un hermético silencio, continuó y mutó su tono amenazador a uno más neutral:

—Estudiáis con la tecnología más avanzada, tenéis a los mejores profesores, no se os destina a la *Zona Inerte* con mercenarios y maleantes y se os da la oportunidad de asegurar vuestro futuro trabajando en el *Núcleo*. Con franqueza, no veo quién puede hacer mejor labor por todos los chicos huérfanos de las *Neuropolis*.

—Lo que acabas de decir es el mensaje de bienvenida del *LAR* —le dijo ella. A él, aquel apunte le desagradó, pero lo arrinconó en el acto. La estudiante prosiguió—. Y... ¿Dónde se puede trabajar con la formación que nos dan a parte del *Núcleo*? Me voy a graduar como Ingeniera Cósmica. El *Núcleo* es el único lugar de todo el planeta donde puedo trabajar. Sinceramente... cuando desaparecieron mis padres, hubiera preferido que me hubieran enviado a la *Zona Inerte*. Echo de menos tener libertad, ya he olvidado lo que era... —habló con el corazón en la mano y con semblante triste a la vez que se retorció los dedos.

La chica observó la indignación de Russell en su mirada; pero la muchacha, que pocas veces se mordía la lengua, pretendió dejar claro su punto de vista. Y el General, totalmente devoto a las Leyes del *Núcleo*, tomó aire con vigor. A él le chocó que alguien del *LAR* le hablara con tanta honestidad. Discurrió que con toda probabilidad, la estudiante desconocía quién era él en realidad, a parte del General del *CPTN* e Inspector del *LAR*.

—¿Qué me dices de tus ausencias? ¿Dónde te escondes? —le preguntó el joven.

No hubo respuesta—. Está claro que no me lo vas a decir... —añadió el General—. Pensaba que en el *LAR* las cosas iban bien. Pero tus entrenadores y profesores me han estado ocultando tus «escapadas». Te lo vamos a pasar porque... porque eres una buena alumna, pese a que tienes que cambiar ese carácter tan difícil —habló como si la conociera.

Ese hecho hizo que Brooke se encrespara, él no la conocía. La chica sabía que todos los huérfanos que estaban allí no importaban lo más mínimo a nadie, los tenían para trabajar como mulos en el *Núcleo* cuando

se graduaran. En todo caso, eso no quitaba que los alumnos procuraran pasarlo bien como adolescentes que eran.

Cuando conoció a Russell, lo clasificó como el típico jefe que va solo una vez al mes para hacer la visita de rigor y justificar su sueldo. Al poco, cambió de opinión, ya que él revelaba un aprecio patente hacia sus hermanos y sus amigos, pese a que se evidenciaba más tímido y comedido con ella.

—No quiero ningún trato especial, si me tenéis que confinar a la *Zona Inerte*: hacedlo —le desafió la joven.

—No, no te vamos a deportar a la *Zona Inerte*.

El General sintió un escalofrío solo de pensar que Brooke estuviera en la *Zona Inerte*. No toleraría que feneciera en algún campamento de mercenarios que le diera cobijo. Se exaltó con la sugerencia de la joven, ¡cómo la iba a clausurar a la *ZI*! Se le descompuso el cuerpo solo de pensarlo; un frío estremecimiento hormigueó por su piel.

—¿¡Qué quieres dejar de ver a tus hermanos!?! Tienes tres hermanos más en el *LAR*; los dos más pequeños tienen ocho años —reparó que había sido brusco con la muchacha. A ella le dolió como un látigo que nombrara a sus hermanos.

Brooke desconocía cuán desacertada estaba con él. Siempre que Russell visitaba el *LAR* dictaminaba que a ella y a sus hermanos no les escaseara nada. Profesaba una debilidad patente por Brooke; de los sesenta minutos que duraba su corta vista, cincuenta y nueve los dedicaba a indagar y a contemplar a la chica. Siempre iba a la hora de la comida. De lejos la observaba —sin que la joven se cerciorara— jugar con sus hermanos pequeños: los niños disfrutaban de lo lindo con las monerías con las que les deleitaba su hermana. Un día la conmovedora escena le rasgó su sensibilidad, y estableció que les aumentaran quince minutos el tiempo de descanso. Aquel día estuvo hablando con ella —estaba complaciente porque habían pasado escasos minutos de la hora y aún no había silbado la sirena—, algo más de diez minutos. Phoenix le propuso a Brooke que le enseñara a Russell parte de las instalaciones con sus tres hermanos. Al tour se sumaron también su grupo de amigos. En el afable paseo grabó en su mente todas las sonrisas que la muchacha le regaló.

En las sucesivas visitas, los amigos de Brooke, que desplegaban una avivada curiosidad por su Inspector, le revoloteaban a su alrededor y lo sometían a un intenso e inocente interrogatorio de preguntas personales que él pocas veces contestaba. El final del cuestionario arribaba cuando alguno de los chicos quería saber si él tenía novia. Era en aquel momento cuando el chico enmudecía y los amigos de Brooke, que anhelaban una respuesta afirmativa, insistían con ahínco en que el joven desplegara todo tipo de explicaciones sobre un tema que ellos desconocían: salir con una chica. Afortunadamente se sentía protegido por Phoenix, el entrenador de último curso, que resultaba ser un especialista en espantar cariñosamente a los jóvenes cuando llegaban a aquel arduo punto del interrogatorio.

Había hablado largo y tendido con Phoenix a espaldas de ella. De hecho, le consultaba vagamente por el resto de alumnos y en exceso por la joven. Era tanto su interés que tuvo que declararle a Phoenix, que ya lo sospechaba, que sentía una gran atracción por Brooke. Desde entonces el entrenador —y ya medio amigo de Russell— siempre hacía porque el Inspector hablara algunos minutos con ella.

Disfrutaba viéndola a distancia con sus hermanos y sus amigos: era cuando ella se relajaba y se mostraba más natural, y a él le parecía la más simpática y dulce de su curso.

La chica contestó a su pregunta:

—No, no quiero dejar de ver a mis hermanos, pero tampoco quiero ser una desgraciada toda mi vida trabajando en el *Núcleo* dieciséis horas diarias sin descanso, haciendo algo que no me gusta hacer —le reveló la estudiante.

A él le habían dicho que la joven ostentaba una actitud guerrera, y que poseía carisma y liderazgo. Resultaba ser el tipo de perfil que el *Núcleo* requería para desarrollar una «importante misión». Y Brooke, con apenas diecisiete años, prometía convertirse en una excepcional Ingeniera Cósmica.

—¿No te gustaría trabajar en el *Núcleo*? —le interrogó él que hasta ahora le había hablado con amabilidad. Ella le miró a los ojos y le dijo:

—Pues no, sinceramente no.

—No conozco a nadie en toda La Tierra que no quiera trabajar en el *Núcleo* —le atestiguó Russell con voz suave—. El *Núcleo* es el cerebro

del planeta, tenemos que estar preparados para lo que pueda pasar. Es un honor pertenecer a su cuerpo de élite.

Brooke, que no había probado bocado desde hacía cerca de veinte horas, padeció un ligero mareo: necesitaba una ráfaga de aire fresco. Se aderezó paulatinamente con el rostro desencajado, se apoyó en el mobiliario que se encontró a su paso hasta situarse delante de una *vidriosalera*, y la reprogramó. Esta permitió entrar las olas de viento del exterior. La chica notó como la corriente de aire peinaba su cabello danzando con enjundia; su elegante vestido dorado resplandecía en su deslumbrante cuerpo.

Ajeno a la indisposición de la chica, Russell también se puso en pie y la miró fascinado sin pestañear. Caviló que era una pena que aquella chica no tuviera su status social, de lo contrario la hubiera pretendido.

Brooke, con la tez descolorida, realizó suaves y tardos giros con su cuello a la vez que se estiraba en el sofá. Al dejarse caer a lo largo, la superficie se infló, se adaptó a todo su cuerpo y la hizo moverse muy levemente: su cuerpo era masajeado y acariciado en toda su extensión.

Fue en aquel instante cuando el Inspector se percató del malestar de la joven. Con un impresionante alarme especuló que quizás había sido demasiado duro con ella desde el principio. Pero no podía hacer otra cosa, se justificó, estaba haciendo su trabajo; aunque había ido por su propia cuenta.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Russell con una marcada y definida preocupación en su voz.

Ella asintió con su cabeza. Se escuchó a *Guardián* decir:

—Bajada de glucosa. Se prescribe un reconstituyente.

—De acuerdo —dijo la muchacha con la voz quebrada.

Acto seguido, un brazo articulado bajó del altillo con un parche médico y una bebida con un dispensador de plástico. Se lo metió en la boca y succionó a sorbos; su cara mejoró por completo casi inmediatamente. Después se adhirió el parche transparente en el interior de su antebrazo.

Russell se encontraba enfrente algo más tranquilo con los brazos cruzados. Tragó saliva.

—Lo siento... —se ablandó el joven y profirió un suspiro—. He venido hablando de llevarte a la *N-21*..., y bueno... la señal de tu *seguidor* y de tu *Centro*... consta como que esta noche has estado en este aparta-

mento. No hay imágenes porque... —realizó una mueca con la boca—. Porque las cámaras se deshabilitaron... es un misterio —ella sonrió tímidamente y él le regañó—. No lo vuelvas a hacer.

Russell se cercioró que había hablado más de la cuenta. Pero no quería que ella se preocupara por si acababa en prisión, sin pruebas no había delito.

La muchacha le dio a entender que se encontraba mal por una bajada de azúcar, no por lo que el General le había dicho.

—Iba a comer cuando me has *audiovisado*. Pero estaba tan cansada que me he estirado y he olvidado ingerir algo. Solo es eso —Brooke se reincorporó ayudada de sus brazos.

Él se sosegó levemente.

—¿Me puedo sentar? —le consultó con afable cortesía apuntando con la punta de su mano el asiento de al lado.

Ella sonrió modestamente, él la imitó y ocupó el sitio señalado.

—Ahora que no hay cámaras... ¿No me vas a decir si fuiste tú?

Brooke se mordió el labio inferior y el chico absorto observaba el bello rostro de la joven. Russell bajó la cabeza y entrelazó sus manos.

—¡Pues es una pena! Me hubiera gustado conocer a aquella chica... a la chica que lideraba el saqueo. Gente así precisa el *Núcleo* —dijo él con una inflexión amigable en su voz.

—¿Y por qué supones que fui yo? —le cuestionó interesada con un hilo de voz semejante a un susurro.

—Por los profesores y entrenadores del *LAR* —pausa—. Les explique cómo era la chica que vi en la mina de uranio, y me dijeron: «Que dispare así y que esquive también las balas solo puede ser Brooke» —le mintió. No se lo había preguntado a nadie, pero tenía una certeza férrea que había sido ella.

—¿Solo por eso? —le interrogó la estudiante con un delicado tono de voz, se mostraba aún levemente débil.

—Sí, solo por eso. Y por algo más que no te voy a decir ahora... —habló con un soplo de misterio. Dio a entender que se lo diría algún día.

Los chicos cruzaron sus miradas. Él hubiera grabado ese momento en su mente.

—¿No tienes más familia aparte de tus tres hermanos? —le cuestionó el General, aunque meditó: «Confío en que no pregunte por mi familia, no me gustaría tener que mentirle».

—Tenía un abuelo, pero se lo llevó la Policía Funeraria antes de que mis padres desaparecieran —explicó envuelta en un aura de nostalgia.

Un pensamiento triste y fugaz capturó a Russell repentinamente. Su aureola alegre se transformó en amargura. Tragó saliva y, alzando la vista, resopló.

Brooke descubrió que los ojos del chico estaban bañados en lágrimas. Aquel hecho le extrañó enormemente, ya que hacía pocos segundos que el joven parecía estar bien, ignoraba si había dicho algo inapropiado.

—Yo nunca he presenciado un entierro —le dijo él con voz de duelo.

—Yo sí. El de mi abuelo, el padre de mi madre.

Russell no sabía si explicar sus sentimientos porque se trataba de un asunto personal. No tenía nada que ver, ni con el robo en la mina de uranio, ni con las fechorías de la estudiante en el *LAR*. Sin embargo, al mencionar la joven a su abuelo, él se acordó de su querida abuela Margaret. Se sentía atraído por ella, era inevitable, aquella chica tenía algo intangible que le hacía especial, pero su padre siempre se opondría a esta relación porque ella era una bagatela social. Discurrió que ya que nunca la podría tener, no era ningún crimen compartir con ella un tema personal, quizás así lo viera más humano. En el fondo codiciaba ansiosamente acercarse a la muchacha.

—Mañana será uno de los días más tristes de mi vida —el joven suspiró profundamente.

A Brooke le chocó que el Inspector le declarara algo tan íntimo.

—Mañana mi abuela hará cien años —volvió a respirar profundamente. Y discurrió: «No sé por qué le estoy explicando esto... Sí, lo sé. Necesito explicarle a alguien cómo me siento. Ahora mismo odio al *Núcleo*».

—Lo siento —indicó la muchacha con voz de luto.

—No. No hay nada que sentir, son las Leyes del *Núcleo*, la población en *La Alianza* está limitada. Como mucho, todos pasamos por el camino de la vida un máximo de cien años —contestó abatido.

Hacía escasos minutos que defendía acérrimamente la Ley del *Núcleo* en lo que al *LAR* se refería, y ahora, se sentía impotente contra las Leyes que regían el mundo.

—Mañana mi abuela y muchos ancianos morirán —realizó una pausa y continuó—. Es que... no entiendo nada, no entiendo nada. Mi

cabeza no puede asimilar... no puede comprender... ¿Por qué no puede morir cuando su cuerpo diga basta? ¡Me duele que mañana se tenga que presentar en el edificio *Madre* como un vejstorio! Porque no lo es... es una gran científica. Podría continuar trabajando sin problemas; además de salud está muy bien —divulgó Russell con marcada indignación. No comprendía cómo podía haber una Ley tan desalmada.

La chica se sentó en el suelo, enfrente de él, con las piernas juntas y dobladas a nivel de las rodillas, ladeadas contra el suelo. Al joven le encantó el gesto y aún más la postura elegante que había adquirido la muchacha. Parecía fluir entre ellos la amistad.

Brooke sabía por lo que el General estaba pasando, hace años ella vivió una situación similar, y aquel acto aún le enfurecía.

—Mi madre también era científica... una gran científica —dijo Brooke refiriéndose a que la abuela de él también lo era y reanudó—. Mis padres desaparecieron hace cinco años —le reveló con voz triste, con confianza y absoluta claridad. Se apretó los labios y lagrimones ardientes de congoja de sendos ojos serpentearon por diferentes caminos sobre su rostro. Su quemazón era tan colosal que sus facciones se agitaron con conmoción trémula. Bajo aquel rostro delicado y bello se encontraba un inmenso anhelo: encontrar a sus progenitores.

Él ya temió por el bienestar de la chica antes que estallara en semejante torrente de lágrimas al observar cómo se enrojecían sus ojos.

Pertenecer al *LAR* o al *Núcleo* resultaba ser como de la guardia real en el siglo XVII. En las *Neuropolis* recibían tratos de favor entre la población. Estaba claro que a la estudiante eso no le interesaba, lo único que le importaba en el mundo era encontrar a sus padres desaparecidos. El chico no supo qué decir.

Ella agregó:

—Vi morir a mi abuelo —realizó una pausa y cogió aire—. Él nació a las dos y treinta y tres de la mañana, y el día de su cien cumpleaños, a esa misma hora, se presentó la Policía Funeraria.

»Viajamos nueve personas con él hasta el edificio *Madre*. Nos eligió para que le acompañáramos en su último adiós. Nos dieron un traje gris claro ceñido al cuerpo, con una obertura redonda justo en el ombligo.

»Recuerdo cómo nos descalzábamos y nos recogíamos el cabello. Nos colocaron en el ombligo un adaptador inalámbrico a nuestro *Centro*,

del tamaño de una lenteja. A mi abuelo también, pero el suyo era algo más grande. Tras conectarnos, nos introdujeron en una sala circular de color gris oscuro metalizado. Nada más entrar, en el centro, había un panel de mandos. Desde allí se veía el suelo de otro piso a un nivel más bajo. Justo en el medio habían dibujadas dos circunferencias concéntricas, una de unos cincuenta centímetros de radio, y otra de radio mucho mayor.

»A través de nuestro *Centro*, el *Guardián* de la sala nos fue desgravitando y elevando en el aire hasta bajarnos al nivel inferior. A los nueve nos situó de pie, sobre el perímetro de la circunferencia de radio mayor. Con mi abuelo hizo exactamente lo mismo, pero a él lo dispusieron en el medio de la circunferencia más pequeña.

»De nuevo, nos elevaron a todos a unos dos metros del suelo, y a velocidad muy lenta nos fueron tumbando boca arriba sobre el aire. En aquel instante, el *Guardián* de la sala exigió que los integrantes del círculo exterior nos agarráramos de las manos.

»Mi abuelo con nostalgia nos dijo: «Gracias» —Brooke respiró profundamente, apretó sus labios, miró al techo y reemprendió su charla con alguna lágrima más en sus ojos.

»Nunca lo olvidaré —añadió.

Russell apreció que la joven poseía un gran corazón, Brooke continuó:

—A la altura de mi cintura noté una fuerte presión de aire que provenía de abajo. No me movía de mi lugar, pero tenía la sensación de salir volando. Recuerdo girar la cabeza y notar como me azotaba la corriente. Sentí un débil pellizco en el ombligo, abrí los ojos, y vi unos cilindros de aire entre cada uno de nosotros y mi abuelo, formando nueve arcos. Giramos a nuestra izquierda vertiginosamente, tan rápido, que llegó un momento en el que parecía que ni siquiera nos movíamos. Él se fue clareando hasta llegar a ser completamente de un blanco brillante. Fue entonces, en aquel preciso momento, cuando surgió la magia: durante cinco intensos e imborrables minutos vislumbé el recuerdo que mi abuelo me tenía reservado para aquel día —explicó como ausente la muchacha.

Russell la devoró con sus oídos. Le resultó trascendental aquel acopio de palabras, su fascinación le asaltó y le preguntó con un soplo sosegado e inquisitivo.

—¿Cuál fue el recuerdo?

La chica rompió a llorar. Floreció una deleznable fragilidad en ella que hizo nacer en Russell un desconocido sentimiento. Poco a poco la joven se fue calmando.

—¿Has ido alguna vez a la *Neuropolis 19*, a la *Neuropolis* de los animales? —preguntó la muchacha de un modo inocente con todos los ojos repletos de lágrimas y esparciéndolas con ambas manos por su rostro.

—¿A la *Neuropolis 19*...? Nunca —contestó Russell con un hilo de voz. La congoja huyó de su rostro.

La *N-19* es la única *Neuropolis* en la que no residen seres humanos, únicamente animales. En ella se albergan en libertad todos los animales terrestres que existen en el planeta.

En el mar de la *Neuropolis 19* se hallan todas las variedades de especies marinas, así como todas aquellas clases en peligro de extinción, como los arrecifes de coral.

Visitar la *N-19* es imposible. Se creó para proteger al mundo animal después de la extinción de un gran número de especies protegidas.

Ella iba clandestinamente casi cada sábado por la noche, después de la desaparición de sus padres. Deshabilitaba su *seguidor* como su padre le enseñó hacer, cuando era pequeña.

—Pero por el *volumentelevisor*. ¿Los has visto? —le cuestionó la joven como si hablara con un amigo. El chico deseoso de verla más animada, se mostró como realmente era, desatendió su cargo y actuó como un chico de su edad.

—Sí... claro... solo me puedo conformar con eso. ¿Sabes qué hago en casa? —le preguntó él con aire misterioso y los ojos muy abiertos. Brooke le negó con su cabeza y sonrió. Sentía curiosidad por saber de la vida del Inspector. En aquel momento le resultó simpático. Russell, como si estuviera explicando una divertida historia, prosiguió—. Algunas noches me pongo a oscuras en una habitación, completamente vacía, enciendo el *VTV*, y conecto en tiempo real con la *N-19*. Los leones están más activos al anochecer, y visualizo sus cacerías como si estuviera físicamente en aquel escenario. ¡Parece tan real! En ocasiones me aproximo a la imagen del león y la rodeo para contemplar toda su

hermosura, y si realiza algún movimiento brusco... ¡Buf! ¡Se me pone la piel de gallina! —el General logró hacerla sonreír; se sentía mal por todo lo que le había tenido que decir por obligación.

—¡Pues yo sí que he estado en la *N-19*! —afirmó ella con comedia superioridad realizando una mueca simpática y haciéndole a él cómplice de sus pequeños secretos personales.

El chico, abrumado por lo que acababa de oír, agregó:

—¡Te voy a tener que detener! —bromeó con un ademán.

Estaba prohibido ir a la *N-19*.

Ella reflexionó: «¡No sabía que fuera tan agradable!».

—He estado algunas veces con mi abuelo, antes de que desaparecieran mis padres —no le quiso informar de que cada sábado por la noche iba a la *Neuropolis 19*—. Mi abuelo era veterinario, y uno de los mejores, por eso tuvo la suerte de trabajar en la *N-19* —le explicó orgullosa. Y continuó—. Cuando era niña —le narró considerablemente emocionada—, siempre me decía que jamás nadie me haría un regalo tan especial como el que me iba a hacer por mi décimo cumpleaños. Yo me mostraba muy impaciente, pero al final ese día llegó. Me recogió de casa y viajamos al *Núcleo*, al edificio *Madre del Núcleo*. Fuimos a la planta subterránea más baja del edificio. Y desde allí cogimos un túnel submarino directo a la *N-19*. Nos sentamos cómodamente en unos butacones y en aquel momento comenzó un viaje alucinante. Mientras nos trasladábamos, iba observando con gran expectación a todos los fantásticos seres marinos que se iban cruzando a nuestro paso. Mi abuelo los conocía a todos, y me iba informando sobre las cualidades de cada uno de ellos. Al finalizar el paseo emergimos a la superficie de la *N-19*. La primera imagen que presenciaron mis ojos no la podré borrar nunca de mi memoria. ¡Qué maravilla! Miles de animales se encontraban ante mis ojos, ¡era una pradera! Después fuimos a manglares, a selvas... estuvimos todo el día.

Aquel relato fue brisa para los oídos del joven.

—¿Ese fue el recuerdo que tu abuelo guardó para ti el día de su muerte? —preguntó Russell contento de ver a la chica más animada.

Al tenerla tan cerca sintió que la joven le gustaba aún más, pero no podía ser, su padre jamás aprobaría semejante relación.

—Sí, ese fue —aseguró con voz tristonja. Se palpaba en su voz que le encantaba contar aquella historia. Y prosiguió—. Mi abuelo quiso que

durante los minutos previos a su defunción, él y yo inmortalizáramos el día de mi décimo cumpleaños. Cuando el recuerdo se acabó dejamos de girar, *Guardián* nos alzó hasta posicionarnos verticalmente a los diez, suspendidos en el aire. Nos fue juntando hacia el centro del círculo a los componentes de la circunferencia externa, a la vez que girábamos a nuestra izquierda muy tardamente. Mi abuelo frente a nosotros, giraba lánguidamente sobre el perímetro de la circunferencia de radio menor. Todos abrimos los ojos, la mirada de mi abuelo se cruzó con todos nosotros pausadamente. En el momento que nuestras miradas se encontraron, noté como sus ojos melancólicos no querían dejar de ver de por vida. Delante de mí, ligeramente a la derecha, detrás de mi abuelo, contemplé el rostro de mi madre, su hija, que nos miraba con evidente dolor. Ella sabía que yo nunca superaría su pérdida.

»Al finalizar la vuelta, él se elevó lánguidamente y nosotros descendimos. Envuelto en un aura blanca, lentamente se fue desintegrando, como si estuviera compuesto de minúsculos trocitos de papel. Los miles de trocitos ascendieron y se fueron difuminando en el aire, hasta desaparecer —le narró Brooke y agregó, después de tomar aire—. Mi familia también estaba allí. Ellos no se sienten culpables, creen que la vida es así, y se debe aceptar tal como es, en cambio yo me considero una asesina. Después de salir del edificio *Madre* sentí como si lo hubiéramos traicionado. De vuelta a casa, tenía la sensación de haber ido al *Núcleo* con mi abuelo para entregarlo a la muerte. Consentí que lo suprimieran, porque él no deseaba morir, yo lo sé. Sin embargo, no hice nada por evitarlo; supongo porque era solo una niña... —argumentó la joven con resignación. El silencio los visitó durante decenas de segundos.

—No te sientas culpable —intervino el joven.

En aquel instante, el traje de Russell se iluminó y apagó a intervalos fugaces de tiempo.

—El *Guardián* de mi *Centro*, se quiere poner en contacto conmigo. ¿Puedo? —preguntó el chico.

—Sí, claro —afirmó ella. No podía negarse.

—Intrusión —ordenó Brooke.

—¿Ratificas intrusión? —interrogó *Guardián*.

La estudiante contestó afirmativamente. Los dos abandonaron sus asientos.

Delante del General apareció un *audiovisor*. A la vez que su *Guardián* le iba hablando el mensaje se iba escribiendo en el *audiovisor*:

«RUSSELL, TE HAN SOLICITADO PARA DENTRO DE 9 MINUTOS Y 53 SEGUNDOS EN TU PUESTO DE TRABAJO.

ÚNICA VÍA DE TRANSPORTE: *AEROESFERA*.

TIEMPO TOTAL ESTIMADO: DE *NEUROPOLIS 20* AL *NÚCLEO*: 7 MINUTOS 22 SEGUNDOS CON UN ERROR DE 3,12 SEGUNDOS».

—*Guardián*. ¡Recógeme! —imperó él.

El mensaje desapareció.

—Bueno... tengo que irme, ya llevo demasiado tiempo aquí.

Al otro lado de la *vidriosalera* se encontraba la *aeroesfera* del joven.

—*Guardián*, abre *vidriosalera* —mandó la muchacha.

La *vidriosalera* se partió en dos mitades. Las *aeroesferas* del *Núcleo* eran plateadas y con su nombre impreso en letras negras. Se apreciaba en el interior un cómodo sofá adaptable de dos plazas. La puerta de la *aeroesfera* se abrió de arriba abajo, transformándose en una plataforma que ocupaba sitio dentro del comedor. Russell se encaminó a la entrada de la tarima, se paró en seco y torció su torso hacia la joven.

—Confío en que mañana irás al *LAR*. Voy a empezar a pasarme más a menudo.

Él esperó con anhelo algunas palabras de Brooke, o al menos, un gesto delatando algún signo de agrado. Pero ella, con la cabeza agachada, ni se inmutó. Él pensó: «Está claro que no le gusto, mejor, porque si así fuera...». Se ridiculizó por sus pensamientos, ¡qué dirían todos los Presidentes de las *Neuropolis* si él acabara con una huérfana del *LAR*!

Ella continuaba muda; y él, que ya se iba, aprovechó para volver a preguntarle:

—¿Eras tú? ¿La de la cantera de uranio? —le cuestionó él mirándola a los ojos fijamente y dedicándole su mejor sonrisa. Al no haber respuesta por parte de la chica, añadió—. Ya me dirás algún día para qué quieres tanto uranio.

Brooke se hacía la interesante, sin embargo, acabó sonriendo dulcemente y se le resplandecieron los ojos.

Él meditó: «Debe pensar que soy un antipático por cómo le he hablado al principio...».

Russell se introdujo en su nave, se acomodó y la puerta se cerró gradualmente. La aceleración del despegue fue tan potente que en menos de diez segundos el joven desapareció de su vista.

El *vidriosal* se desenrolló y retornó al lugar que ocupaba.

Brooke pensó que Russell tenía un apellido conocido, «Brown». Le sonaba... y no sabía de qué.

Súbitamente, su mente evocó diversos recuerdos del chico en sus esparcidas visitas en el *LAR* desde hacía algo más de un año. Los repasó ágilmente y advirtió una característica común en todos: en la lejanía, Russell contemplándola a ella y a sus inseparables hermanos con una sonrisa complaciente apegada en su rostro.

Dentro de la *aeroesfera* el chico sospechó con indecisión: «Creo que le gusto... aunque... ¿quizás sean imaginaciones mías?».

Repentinamente se acordó de las palabras de Hyrokin... y experimentó un sudor glacial apoderándose de su piel: se empapó de tragedia.

Hyrokin, en una ocasión, le elucidó que había conocido a una chica, hacía un par de meses, y estaba encaprichado con ella. ¡Tanto! Que era capaz de dar todo su preciado *Rashom* a cambio de la desconocida joven. Su conocido era el único que disponía de todo el *Rashom*, el material más preciado en La Tierra.

Sintió pánico por si aquella muchacha de la que Hyrokin se había enamorado a primera vista era Brooke. La descripción que detalló su conocido clavaba a la perfección a la estudiante del *LAR*.

Si aquella joven de la que se había enamorado Hyrokin era Brooke... no la iba a tener nunca... ni por todo el *Rashom* del mundo.